

La Pascua y la Sabiduría de un niño

*Colaboración:
Las Siervas de los Corazones
traspasados de Jesús y María*

Jeremy nació con un cuerpo deforme y una mente lenta. A la edad de 12 años estaba todavía en segundo grado de primaria y no daba señales de poder adelantar. Su maestra, Doris Miller, a menudo se exasperaba con él pues con frecuencia se retorció en su asiento y lanzaba gruñidos.

Otras veces hablaba de manera clara y precisa, como si un rayo de luz penetrase en la oscuridad de su cerebro. La mayor parte del tiempo, sin embargo, Jeremy le causaba irritación.

Un día la maestra llamó a los padres de Jeremy y les pidió que fueran a verla para una tutoría. Cuando los Forrester entraron en la clase vacía, Doris les dijo: "Lo que realmente necesita Jeremy es una escuela especial. No es bueno para él estar con niños menores que no tienen problemas de aprendizaje. Hay una diferencia de cinco años entre su edad y la de la de los otros niños de su aula".

La señora Forrester sacó un pañuelo y lloró sin consuelo, mientras su marido hablaba: "Señorita Miller, no hay escuelas de ese tipo en las cercanías. Sería un terrible golpe para Jeremy siuviésemos que sacarlo de esta escuela. Sabemos que realmente le gusta estar aquí".

Doris permaneció sentada un largo rato después de que se hubiesen marchado, mirando fijamente la nieve a través de la ventana. Su frialdad parecía filtrarse hasta su alma.

Quería simpatizar con los Forrester. Después de todo, su único hijo tenía una enfermedad terminal. Pero no era justo tenerlo en su clase. Ella tenía otros 18 niños a los que dar clase y Jeremy era una distracción para ellos.

Además, él nunca aprendería a leer y a escribir, así que ¿para qué perder más tiempo intentándolo?

Mientras ponderaba la situación, un sentimiento de culpabilidad se apoderó de ella. "Aquí estoy protestando, cuando mis problemas no son nada comparados con esa pobre familia", pensó. "Por favor, Señor, ayúdame a ser más paciente con Jeremy".

Desde ese día, intentó ignorar los ruidos de Jeremy y sus miradas vacías. Un día, Jeremy se dirigió hasta su mesa, arrastrando tras de sí su pierna mala. "Te quiero, señorita Miller", exclamó lo bastante fuerte para que la clase entera lo escuchase. Los otros estudiantes soltaron risitas entrecortadas y Doris enrojeció. Balbuceó: "¿Cómo? Muchas gracias, Jeremy. A-ahora vuelve a tu sitio, por favor.

Llegó la primavera, y los niños hablaban animadamente de la llegada de la Pascua. Doris les contó la historia de Jesús, y para enfatizar la idea del nacimiento a una nueva vida, dio a cada uno de los niños un gran huevo de plástico. "Ahora quiero que los lleven a sus casas y los traigan de vuelta mañana con algo dentro que signifique una

nueva vida. ¿Lo entendieron? “Sí, Señorita Miller, respondieron con mucho entusiasmo los niños, todos excepto Jeremy.

Él la escuchó dando muestras de estar comprendiendo lo que decía. Sus ojos no dejaron de estar fijos en el rostro de la maestra; incluso ni hizo sus ruidos habituales. ¿Había entendido Jeremy lo que ella había explicado sobre la muerte y resurrección de Jesús? ¿Había entendido la tarea asignada? Tal vez deba llamar a sus padres y explicarles a ellos el proyecto, pensó la Señorita Miller.

Esa tarde, el fregadero de la cocina de Doris se atascó. Llamó al plomero y esperó durante una hora a que viniera y lo desatascara. Después tuvo que ir al mercado para hacer sus compras, planchar una blusa y preparar un examen de vocabulario para el día siguiente. Olvidó por completo llamar a los padres de Jeremy.

A la mañana siguiente, 19 niños llegaron a la escuela riendo y hablando mientras dejaban sus huevos en la gran cesta de mimbre de la Señorita Miller. Tras acabar su lección de matemáticas, llegó el momento de abrir los huevos.

En el primer huevo Doris encontró una flor. “Oh, sí. Una flor es ciertamente un signo de nueva vida. Cuando las plantas brotan sus flores, sabemos que ha llegado la primavera”. Una pequeña en la primera fila agitó su brazo. “Ese es mi huevo, Señorita Miller”.

El siguiente huevo contenía una mariposa de plástico que parecía muy real. Doris la mantuvo en alto: “Una oruga cambia y se transforma en una bella mariposa. Sí, también es nueva vida”. La pequeña Judy sonrió orgullosa y dijo: “Señorita Miller, ese es mío”.

En el siguiente, Doris encontró una roca con musgo. Explicó que ese musgo también significaba una nueva vida que crece aún en una piedra. Billy alzó la voz desde el fondo de la clase: “Mi papá me ayudó”, dijo sonriente.

Entonces Doris abrió el cuarto huevo y tuvo que controlarse para no exhibir un gesto de decepción. El huevo estaba vacío. “Con toda seguridad debe ser de Jeremy”, pensó. “Naturalmente, él no había entendido mis instrucciones. Si no hubiese olvidado telefonar a sus padres...”

Para no hacerle pasar un mal rato, con cuidado puso el huevo a un lado y alcanzó otro. De pronto Jeremy dijo: “Señorita Miller, ¿no va usted a hablar de mi huevo?”. Doris replicó desconcertada: “Pero Jeremy, tu huevo está vacío”. Todos se rieron.

Él la miró fijamente a los ojos y dijo suavemente: “Sí, pero la tumba de Jesús también estaba vacía”. El tiempo se paró. Cuando pudo hablar de nuevo, Doris le preguntó: “¿Sabes por qué estaba vacía la tumba?” Jeremy le contestó: “Oh, sí. A Jesús lo mataron y lo pusieron dentro. Entonces su padre lo elevó hacia Él”.

La campana del receso sonó. Mientras los niños corrían animadamente hacia el patio del colegio, Doris lloró. La frialdad de su interior se desvaneció por completo. Más tarde ella se ocupó de explicarles a todos los niños que el ganador había sido Jeremy y las razones de por qué fue el mejor.

Tres meses más tarde, Jeremy murió. Aquellos que fueron a expresar sus condolencias se sorprendieron al ver 19 huevos sobre la tapa de su ataúd. Todos ellos vacíos.